



LA INQUIETUD DE JUAN MARINELLO: PROPUESTAS DE UN INTELLECTUAL

José Antonio Paniagua García
(Universidad de Salamanca)

Resumen. Este trabajo se plantea como una reflexión sobre las propuestas intelectuales contenidas en el ensayo «Sobre la inquietud cubana» (1930) publicado por Juan Marinello en la *Revista de Avance*. Tras un examen de las cuestiones referidas a la política y la nación de Cuba, este artículo reseñará la relación de sus planteamientos con los movimientos revolucionarios precedentes a propósito del concepto de *inquietud*. Finalmente, se pondrá de relieve la trascendencia e innovación de su pensamiento sobre las figuras del negro y el criollo como subjetividades imprescindibles para la regeneración y maduración de la identidad y el arte cubanos.

Abstract. This paper reflects on intellectual proposals contained on the essay «Sobre la inquietud cubana» (1930) published in the *Revista de Avance* by Juan Marinello. After a review about some questions related to politics and the nation in Cuba, this work describes the relationship of these ideas with revolutionary preceding movements and the concept of "inquietud". Finally, this paper will highlight the importance and innovation of his thought about the black and Creole subjectivities to regenerate the art and the identity of Cuba.

Palabras clave. Marinello, Inquietud, Revolución, Negro, Identidad

Keywords. Marinello, *Inquietud*, Revolution, Black people, Identity

La importancia del año 1930 para armar una historia de la integración de ciertas subjetividades desplazadas hasta el momento en la historia social, cultural e intelectual de Cuba puede cifrarse en la concomitancia de varias circunstancias por lo demás divergentes entre sí. Entre los días 15 de marzo y 5 de abril de 1930 se celebraron en La Habana los II Juegos Centroamericanos y del Caribe, cuya novedad, frente a la I edición, radicó en la apertura de la categoría femenina y, por tanto, en la participación activa de la mujer en la alta competición. En segundo lugar, en el plano cultural, Nicolás Guillén, enfocado en la búsqueda del «color cubano» en la literatura de la isla, publicaba *Motivos de son*, poemario en el que la experimentación estética con la figura del negro, además de superar sus planteamientos anteriores, preludiva sin demérito alguno la consolidación de un proyecto artístico personal que culminaría solo un año después con la aparición de *Sóngoro cosongo* (1931) y *Poemas mulatos* (1931).

Sin embargo, más allá de esta historia social y cultural, sería interesante destacar aquí, desde una orilla intelectual y filosófica, la aparición en la *Revista de Avance* del texto titulado «Sobre la inquietud cubana» en el que su autor, Juan Marinello, ofrece una serie de respuestas, a modo de correo de vuelta, a las cuestiones planteadas por Carlos Suarès, director de la revista parisina *Les Cahiers de L'Etoile*, acerca de la posible existencia de una inquietud propia de la época. Transcurridos siete años desde la Protesta de Los Trece (18 de marzo de 1923) y tres años de la aparición del manifiesto del Grupo Minorista (7 de mayo de 1927), Marinello decide enfocar sus respuestas sobre la realidad de Cuba aunque, bien es cierto, las preguntas de Suarès no estaban planteadas con esa especificidad¹.

Al entrar de lleno en la materia del artículo en cuestión, la primera de las preguntas efectuadas desde el diario francés interroga a Juan Marinello desde un punto de vista general sobre la existencia de una inquietud contemporánea, razón por la que el autor cubano comienza lamentando el reflejo europeo que aún irradia Hispanoamérica, silenciada política e intelectualmente. Así, el conjunto de países que integran esta comunidad geopolítica, y Cuba entre ellos, se habría visto atravesado por una de tantas trágicas contradicciones: no haber conseguido «ser» Europa, pero tampoco autodeterminarse como algo distinto, lo que habría provocado que las inquietudes americanas fuesen fundamentalmente hasta entonces inquietudes europeas. Tras sus intentos por sobrepasar sus limitaciones políticas, lo cierto es que:

¹ Para una revisión sobre la relevancia política y cultural del Minorismo en el contexto de los gobiernos de Alfredo Zayas (1921-1924) y Gerardo Machado (1924-1933), véase Cairo Ana (1978), *El grupo Minorista y su tiempo*. La Habana, Ciencias Sociales.

a pesar de que muchos letrados representan discursivamente la cubanidad como algo esencial, innato y arraigado en la tierra patria, el nacionalismo cubano es influido significativamente por las diversas corrientes de pensamiento nacionalista europeo que se importan en la colonia (Llorens I. 1998: 71).

De este modo, los intentos de Cuba e Hispanoamérica por escapar del imperio europeizante fueron infructuosos y, al mismo tiempo, la recepción del europeísmo no pudo encontrar suelo fértil que arraigara en lo que Marinello llama en su artículo «nuestras tierras mulatas» (Marinello J. 1930: 7). Como se verá más adelante, este es el detonante que desemboca en la aceptación por parte del intelectual del potencial de la cultura afrocubana y criolla para redefinir el ser cubano. Sin lugar a dudas, es uno de los atractivos de mayor relevancia en el pensamiento de Juan Marinello si se tiene en cuenta que, a pesar de la lejanía en la que parecían encontrarse aquellos discursos que manifestaban «el deseo de «blanquear» la patria, de «civilizarla», y de crear un estado sesgado y dirigido exclusivamente por los blancos» (Llorens I. 1998: 86), lo cierto es que las posiciones de los principales ideólogos contemporáneos a Marinello confirman, de muy diversas maneras, una escasa o nula estima por afrocubanos y criollos y su posible implicación en la renovación identitaria cubana.

Sin embargo, todas las consideraciones acerca de la situación americana identificadas hasta ahora en relación con el influjo europeo no deben entenderse como una necesidad de rechazo absoluto, sino como la conveniencia de adoptar una posición cercana a los postulados de José Carlos Mariátegui en su obra cumbre, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), muy influida por la aplicación del materialismo histórico a la realidad del país. En consecuencia, la idea que Marinello se atreve a sostener en este texto, a partir de un pensamiento similar al de Mariátegui, consiste en la reapropiación del saber europeo para enfocar las cuestiones americanas siempre que se tomen de esas corrientes lo estrictamente humano, es decir, aquello que puede serle útil a todos los hombres por su condición natural, y de esa forma justificar la situación de América en el mundo y espolear el avance de la sociedad cubana.

Al hilo de estas cuestiones, además, Marinello aduce otras causas para explicar la existencia de una inquietud cubana en función del escaso progreso que observa en la isla. En particular, sin contar el deslumbramiento por la posesión de bienes materiales y morales, pone un notable énfasis en dos críticas: por un lado, la terrible tutela ejercida por las autoridades cubanas que están llevando a cabo un control colonial opresor heredado de la vieja metrópoli, secuestrando los modos de conocimiento y las narraciones de la historia cubana bajo intereses en buena

medida crematísticos; por otro lado, ese mismo gobierno, debido a la gestión de los regímenes de Alfredo Zayas y Gerardo Machado, se ofrecería como una víctima sacrificial del imperialismo estadounidense, situación de la que un alto número de sectores obtendrían un rendimiento económico y político insoslayable. De ahí que, al valorar a Cuba en su relación con Estados Unidos, Marinello lo sentencie de este modo: «una realidad jurídica –la Enmienda Platt– y una realidad histórica –la absorción económica–» (Marinello J. 1930: 9).

A partir de esta propuesta agregada a la Constitución de Cuba en el período de la primera ocupación militar estadounidense (1899-1902), Marinello denunciará el estancamiento económico de Cuba, acrecentado por la formación de nuevos partidos políticos que no orientaban sus programas a la solución de los conflictos cubanos, sin olvidar otros problemas de gran repercusión como el maquinismo y el automatismo de la industria azucarera que iba debilitando progresivamente al país, situación de la que Fernando Ortiz daría buena cuenta en el año 1940 a través de su estudio *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1978). Allí señalará como responsables directos de esta situación:

a las crecientes concentraciones del capitalismo financiero, a sus tentáculos imperialistas y a sus contubernios con los fiscos y los gobernantes que los manejan [...] y demás artimañas legislativas con que desde ha muchos años se fue ahogando por esos mundos el liberalismo, sustituido por una impositiva intervención directa del Estado en la vida económica nacional, establecida a manera de socialismo cojo y bizco (Ortiz F. 1987: 75).

Para cerrar este primer apartado de cuestiones planteadas por Suarès, Juan Marinello considera la difícil situación de la juventud cubana, convencido de que por los caminos usuales de lucha y debate no ha de resolverse en Cuba la «agonía antillana», instando a los intelectuales a tomarla como propia de su identidad isleña y plasmarla a través de soluciones artísticas que renueven el panorama de las letras. En todo caso, la solución final viene de la mano de un necesario anticapitalismo que aún no ha tenido la posibilidad de asentarse y actuar porque el pueblo no ha podido incorporar las inquietudes nuevas a sus motivos de acción pública, al igual que la vieja política utiliza en su provecho el complejo de inferioridad que anima (o desanima) el carácter vital del ser cubano. En este sentido, con la intención de relacionar el artículo de Marinello con las obras críticas de sus contemporáneos, no puede olvidarse la importancia de este sentimiento de inferioridad responsable de algunas características genuinas como el choteo, estudiado por Mañach en 1928 en una obra que plantea la posibilidad de que este

fenómeno pudiera ser, a fin de cuentas, una pantalla que ocultase una cierta incapacidad del ser cubano para armar un proyecto de emancipación (Mañach J. 1991).

No obstante, la línea que cierra su primera gran respuesta a esta pregunta inicial se verá ampliada extraordinariamente en la segunda parte, enfocada en las consideraciones del efecto que ejerce la inquietud sobre la actividad creadora. El punto de interés inicial para Marinello a este respecto es la actitud rígida e impermeable de las Academias y Universidades como sedes oficiales de la cultura, al mismo tiempo que señala la afinidad del gran público lector con el romanticismo, el poema anecdótico y la representación realista y usualmente vacía de contenido crítico del mundo, lo que justificaría, asimismo, la actitud desorientada y titubeante de los autores cubanos de las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, mucho más interesado en la elaboración de un discurso constructivo, Marinello continúa su artículo reconociendo el surgimiento en el arte plástico y la literatura de algunas voces que podrían llegar a ser determinantes dentro del proceso regeneracionista, aportando una sólida base para albergar cierta esperanza cultural frente a la desesperante realidad política, inmersa en la utopía de los procesos revolucionarios rusos. Sobre este surgimiento paulatino de una realidad literaria, cultural y política, el concepto de inquietud adquiere toda su dimensión y trascendencia en el diálogo mantenido por Marinello y Suarès. Antes de retomar el artículo en la propuesta definitiva del autor cubano, sería conveniente aludir a un hecho relacionado con la historia de la noción de inquietud quizás no tan evidente a primera vista.

Como se advirtió ya en este trabajo, 1930 es un año de enormes tensiones políticas e ideológicas fomentadas por el peso de los gobiernos de Alfredo Zayas y Gerardo Machado. El desgaste político, entonces, había alcanzado cotas insostenibles y en el corazón de muchos intelectuales bullía la necesidad del cambio. No confesado, el sentimiento revolucionario empezaba a aflorar en algunas conciencias y quedará demostrado a partir del año 1959 que tal actividad, todavía clandestina y silenciosa, era una realidad latente. Y no se trata de un caso aislado. Los grandes movimientos revolucionarios surgidos a partir de 1750 a nivel mundial, pero sobre todo europeo, parten de la voluntad de unos pocos de operar un cambio cuya mayor o menor radicalidad no es tan determinante siempre que lleve detrás el seguro de un proceso intelectual previo de discusión política e ideológica. No obstante, en el caso de Marinello, más allá de su estudiada relación con el binomio marxismo y antiimperialismo, sus raíces positivistas y la influencia de José Martí se aúnan para conformar una visión de un proceso revolucionario desarrollado de forma paulatina, sin grandes sobresaltos y, más importante aún, de un modo incruento, no violento (López Hernández A. B. 2010).

Desde este planteamiento, en la primera mitad del siglo XVIII el hombre asiste al surgimiento de las primeras revueltas en las colonias inglesas de América. Recurriendo a la filosofía de John Locke sobre el derecho natural (condición cuya importancia para Mariátegui y, en buena medida, Marinello es realmente notable), los colonizadores se negaron a pagar un impuesto establecido por el parlamento de Londres en el que, por otro lado, no se encontraban representados. A partir de ese momento, la importancia que la obra de Locke adquirirá para el pensamiento revolucionario, en especial su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, publicado en 1690, puede rastrearse en el caldo ideológico que sustenta los procesos de cambio más relevantes hasta el siglo XX. Y es justamente aquí donde nacerá el valor de inquietud «como una noción central en el espacio abierto por los vínculos entre poder, necesidad y libertad» (Casullo F. 2011: 204). Bajo la posibilidad de llevar a cabo alteraciones prospectivas en la historia gracias a la conciencia de la operatividad y justicia del cambio, la obra de Locke advertiría de la inutilidad de preguntarse si la voluntad del hombre es libre puesto que, «si la libertad consiste en poder hacer efectivo lo que la voluntad manda, el problema ontológico de la determinación de la voluntad deviene un problema ético de la mayor importancia» (Casullo F. 2011: 205), asumiendo como solución la acción revolucionaria fruto de esa inquietud mayoritaria de un pueblo.

Solo así puede explicarse que durante más de doscientos años su filosofía haya sido acogida por la mayoría de los movimientos revolucionarios europeos. Desde la Declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1776, la Revolución Francesa (a excepción de las teorías sobre los derechos de propiedad y la separación de poder, que no asentarán de igual modo en el país galo), el triunfo y el reconocimiento europeo ante cada nueva victoria del hombre moderno nos lleva a reconocer la importancia de esta «inquietud» de autodeterminación en los procesos revolucionarios acontecidos en Rusia entre los meses de febrero y octubre de 1917 y en particular en un suceso altamente sugestivo: la formación de la Asamblea Constituyente, influida por la obra del filósofo inglés:

Por primera y última vez en la historia política de Rusia fue convocado un parlamento por sufragio universal, libre y secreto, siguiendo las ideas de Locke, la revolución americana y la francesa de 1789 en torno a la soberanía nacional y el concepto de representación» (Fernández García A. 1990: 40).

Sin embargo, la vigencia del pensamiento de John Locke en Cuba es mucho más temprana. Lejos de un afán historiográfico, es necesario indicar la existencia de una línea de trabajo crítico que arrancararía en el siglo XVIII, a través de la obra de

José Agustín Caballero, quien introduciría las enseñanzas del autor inglés en la isla, y atraviesa la obra de los pensadores Félix Varela y Morales y, en particular, José de la Luz y Caballero, figura determinante para José Martí, quien le dedicó siempre elogiosas palabras. Tampoco debe olvidarse el notable magisterio de este último en el pensamiento de Juan Marinello, de quien aprendió que la figura del intelectual no podía desbridarse de la del revolucionario; en consecuencia, el escritor se vería obligado a asumir un discurso comprometido con la causa socialista. Se habla aquí, por tanto, de una historia del pensamiento filosófico en Cuba que obliga a advertir la necesidad de su reconstrucción dado el peso de la Revolución Rusa en el sentimiento de inquietud cubano, interés de este trabajo:²

Como en toda Hispanoamérica –y quizás en todo el mundo– Rusia es una atracción polar. Obra suya, traducida muchas veces por el fuerte movimiento mexicano, es el anhelo político – social, mejor – que late en parte de la producción cubana de última hora (Marinello J. 1930: 21).

A partir de estos breves esbozos historiográficos, al poner atención en el artículo de Marinello se comprende que el diálogo mantenido a lo largo del texto con Suàres, pretende indagar sobre la posibilidad de que exista en el clima político y social cubano una incipiente propagación de ideas revolucionarias y movimientos políticos e ideológicos de regeneración. Incluso, si se echa la vista atrás, el número 10 de la *Revista de Avance* publicaba en 1927 un artículo de Marinello, titulado «El momento», en el cual, intentando trazar una definición de la raza y la sociedad cubanas, el autor escribe:

Nuestro beatífico quietismo, la criolla rutina, «ese mirar en choteo» las corrientes que inquietan al mundo, han sido suplantados en los últimos tiempos por una inteligente curiosidad y –¡al fin!– por una apasionada pugna entre lo que viene y lo que quiere quedarse (Marinello J. 1988: 260).

Sin lugar a dudas, Marinello brinda aquí una señal inequívoca de la necesidad y oportunidad del cambio que se haría extensible a otros planos, entre ellos el artístico, como se verá a continuación. Aprovechando la potencia conceptual del término, podría decirse que la propuesta del autor cubano «trata

² Como punto de partida, remito a la obra y las palabras de José de la Luz y Caballero sobre su maestro José Agustín Caballero: «fué el primero que hizo razonar en nuestras aulas las doctrinas de los Locke y los Condillac, de los Verulamios y los Newtones; caballero fué el primero entre los escogidos para fundar el cuerpo patriótico», en Luz y Caballero, José de la (1946), *A la memoria del Doctor Don José Agustín Caballero*. La Habana, Editorial Universidad de la Habana, p. 186.

de crear más que un programa de cultura, un estado de ánimo o inquietud», característica fundamental del grupo de autores minoristas cubanos (Ruiz Barrionuevo C. 2001: 188).

Si esta es la situación del pueblo y de los intelectuales a nivel político en la Cuba de 1930, en cuanto a la producción artística surge, además de los ya citados, otro de los grandes inconvenientes por la falta de una base antropológica muy concreta: la población indígena. De este modo, su ausencia vuelve imposible, al contrario de lo que ocurría en otros países de Hispanoamérica con una sólida tradición indigenista, la búsqueda de lo autóctono. Con total seguridad, esta circunstancia histórica motivará el nacimiento de una de las aportaciones más relevantes e innovadoras del pensamiento de Juan Marinello: su disertación sobre la figura del negro y su carácter imprescindible para renovar el arte cubano.

Debe apuntarse ahora la importancia capital de la filiación de Marinello con el marxismo, la cual permite imprimir en la cultura y en el pensamiento de los intelectuales un discurso socialista integrador, en este caso, de la subjetividades negras, más aún desde la fundación del primer Partido Comunista de Cuba en 1925, y el surgimiento de nuevos modos de hacer política que, como escribiera Marinello en su artículo «La palabra para alimentar la hoguera», guardaban una estrecha relación con «el avance del marxismo como arma del proletariado revolucionario, las victorias iniciales de la Unión Soviética y el fortalecimiento del movimiento obrero» (Marinello J. 1979: 30)³. Por otro lado, la reflexión sobre el negro en aquellos tiempos no fue exclusiva de Cuba, sino que también puede rastrearse en otros países donde la presencia del negro es notabilísima, como por ejemplo Brasil. Al igual que ocurrió en Cuba a finales del siglo XIX y principios del XX, el tratamiento central del negro en el modernismo brasileño (correspondiente al momento de las vanguardias en el mundo hispánico), fue escaso y cuando sucedió, su imagen quedó gravemente dañada; en este sentido, podemos recordar el caso de la revista *Leite Criôlo* (dieciséis números entre junio y septiembre de 1929), que según Jorge Schwartz «se diferencia del resto de las publicaciones modernistas porque es la única que tiene al negro como temática central» pero a través de un ejercicio realizado de forma «absolutamente inmadura, por no decir racista» (Schwartz J. 1991: 273-274). Como en la Europa de los años veinte, que rescata el exotismo de la figura del negro y otros elementos de las culturales polinesias, la situación en Cuba y

³ No puede olvidarse, sin embargo, que pese al influjo ineluctable del marxismo en Juan Marinello, durante las décadas de los años veinte y treinta un gran número de naciones latinoamericanas postularán lo nacional sobre sus clases populares, ya fuese a partir de lo indígena, lo mestizo o lo negro, por lo que habría que hablar, entonces, de una estrategia de reivindicación nacional transamericana que, desde este planteamiento, tendría en el marxismo uno de sus posibles medios de construcción política y discursiva.

Brasil hasta el momento atrofiaba la potencialidad de la negritud y los elementos propios de la raza negra y del hombre criollo para redefinir el estatuto epistemológico del ser cubano.

Desde este planteamiento, Juan Marinello propone al negro como símbolo vertebrador de un proceso creativo cubano fundador de un nuevo arte que asuma su participación en los asuntos concernientes a la vieja nación (de la que se quiere escapar), su tragedia personal («el mal de haber nacido negro») y sus características físicas únicas, y desde allí se proyecte en la literatura. Al volver la vista a las vanguardias, Marinello solo encontrará entre la nómina de autores dos referencias reveladoras por su tratamiento del negro: Nicolás Guillén y Emilio Ballagas, escritores que supieron extraer, en su opinión, la esencia criolla para captar lo propio, tarea en la que los nuevos autores cubanos deberían afanarse en colaborar. De este modo, en ambos autores y muy especialmente en Guillén a través de la publicación de su poemario *Motivos de son* en 1930 y sus textos periodísticos, se observa la indisoluble existencia de una respuesta artística al proyecto intelectual propuesto por Juan Marinello, en tanto Guillén «a través de esos artículos de prensa, seguía denunciando el problema de la raza, la ausencia de una igualdad, la timidez del negro en la exigencia de sus derechos y la hipocresía del blanco» (Ruiz Barrionuevo C. 2004: 155).

Esta actitud, puede añadirse, se correspondería con su propia idea de la revolución no violenta, necesitada de unos debates intelectuales y artísticos previos que preparen el campo de la acción política que en ningún caso se relaciona ni específica ni primordialmente con la llegada y usurpación del poder. El enorme peso del proyecto artístico para la renovación de la cubanidad, al contrario, adquiere dimensiones mucho más interesantes para Marinello. *Motivos de son* había alcanzado a comprender y estructurar un proyecto literario donde la figura del negro funcionaba en y desde lo real (rasgo fundamental del socialismo de Marinello, como ya se dijo), en particular por su proyección de la cubanidad en sus versos y su implícita afirmación de que la esencia cubana jamás podrá encarnarse en arte o identidad sobre la exclusión del negro. Un camino que, si tenemos en cuenta las palabras de Marinello, aún estaba por armarse, incluso en lo concerniente a los papeles que los intelectuales y el «hombre de grey» deben asumir en este proceso de formación del ser cubano, todavía disímil entre la participación del sujeto letrado y el individuo alejado del conocimiento y el espíritu político y artístico.

Sin olvidar que este siempre se dirigirá hacia la unidad, la coexistencia y el acomodamiento de los intereses propios frente al imperialismo estadounidense, Marinello dejará exclusivamente en manos del intelectual y el artista el debate sobre los nuevos modos de una lucha socialista que, pese a limitar la

participación en la revolución del futuro, abrazará la libertad cuando el ser cubano pueda asumir sus propias representaciones, y entre ellas la «agonía antillana», para cruzar algún día el ansiado umbral de la autodeterminación. Es justo destacar aquí, a modo de colofón, unas palabras de Emilio Ballagas a propósito de su ensayo que iluminarán la vitalidad de su propuesta, grávida de un caldo ideológico y artístico que iluminará treinta años más tarde el sueño de aquellos intelectuales que decidieron sumarse a la búsqueda de su identidad:

En suma, si Marinello apenas entrevé la solución [...] nos da el maravilloso, el místico compás de espera de su impaciencia. Esta impaciencia es la que abre rutas; este esperar en activo. Impaciente así, en acción y construcción equivale a esperar de veras (Ballagas E. 1979: 339).

BIBLIOGRAFÍA

- Ballagas Emilio, «Inquietud, tragedia», en Trinidad Pérez y Pedro Simón (selecc.), *Recopilación de textos sobre Juan Marinello*, La Habana, Casa de las Américas, 1979, pp. 336-339.
- Casullo Fernando, «Inquietud y pensamiento», en *Isegoría*, No. 44, 2011, pp. 203-216.
- Fernández García Antonio, *La revolución rusa*, Madrid, Istmo, 1990.
- Llorens Irma, *Nacionalismo y literatura: constitución e institucionalización de la 'República de las Letras Cubanas'*, Lleida, Universitat de Lleida, 1998.
- López Hernández Alina Bárbara, «Influencias teóricas y políticas que explican la postura de Juan Marinello ante la violencia», en *Perfiles de la cultura cubana*, n. 4, 2010.
- Mañach Jorge, *La crisis de la alta cultura en Cuba. Indagación del choteo*, Miami, Universal, 1991.
- Mariátegui José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Barcelona, Crítica, 1976.
- Marinello Juan, «Sobre la inquietud cubana», en *Revista de Avance*, Cuaderno Mensual, 1930.
- Marinello Juan, «La palabra para alimentar la hoguera», en Trinidad Pérez y Pedro Simón (selecc.), *Recopilación de textos sobre Juan Marinello*, La Habana, Casa de las Américas, 1979, pp. 25-90.

Marinello Juan, «El momento», en Nelson Osorio Tejeda (ed.), *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, Caracas, Ayacucho, 1988, pp. 260-262.

Ortiz Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Caracas, Ayacucho, 1987

Ruiz Barrionuevo Carmen, «Cultura popular y nación en la vanguardia cubana: Jorge Mañach y Juan Marinello» en *Studi Ispanici*, No. 4, 2001, pp. 187-194.

Ruiz Barrionuevo Carmen, «Nicolás Guillén y Juan Marinello: en torno a *Sóngoro cosongo* y la poesía cubana», en Matías Barchino Pérez y María Rubio Martín (coord.), *Nicolás Guillén: hispanidad, vanguardia y compromiso social*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2004, pp. 151-164.

Schwartz Jorge (seleccionador), *Las vanguardias latinoamericanas: textos programáticos y críticos*, Madrid, Cátedra, 1991.